

El heroísmo

Las actividades heroicas son multiformes. Parécense a la gama musical: por gradaciones, a veces sutiles, se pasa de una a otra. El espíritu las alinea en planos superpuestos. Las neuronas de asociación las conexionan con imágenes afines, con las que vibran al unísono en el recuerdo: el heroísmo bélico despierta la idea de los bátratos infernales, de las agitaciones volcánicas de las oscuras entrañas de la tierra, de los continentes de otras eras geológicas hundidos en el fondo ignoto de los océanos...

El heroísmo de los voladores nos hace pensar en los espacios siderales, en la magnificencia astral, en las montañas más elevadas de los Alpes, de los Andes o del Himalaya, en el poder ilimitado de la audacia y del ingenio humano.

Y por encima de ambos existe un heroísmo más grande, más tenaz, más respetable y más obscuro: el heroísmo anónimo, del trabajo diario, el de los pescadores de perlas que exponen la vida cada vez que bajan a las profundidades marítimas, el de los biólogos que tragan microbios dañinos con la esperanza de obtener datos útiles para contener las epidemias implacables, el de los pensadores que se apartan de las rutas secularmente trilladas abriendo nuevos senderos a la expansión de la inteligencia humana, el de los apóstoles que bregan porfiadamente por sus ideales, dejando escarnecer sus nombres pero no apolillar sus espíritus por los prejuicios ambientes a los que resisten estoicamente recibiendo con frecuencia, como galardón inmortal, el trágico bautismo del martirio.

El sentido común, muchas veces obtuso, no alcanza a distinguir y justipreciar estas diferenciaciones fundamentales en las actividades heroicas: vale más para él los ensueños megalómanos de un criminal genial y epiléptico, como Napoleón, que el inagotable filón de belleza de altos quilates que encierra "El Quijote" o a los veinte años de estudios y de hondo talento

que demandó "El origen de las especies" para cimentar una teoría que revolucionó las ciencias, renovó la filosofía hasta llegar a erigirse en columna vertebral del pensamiento contemporáneo y en brújula de nuevas pesquiasaciones intelectuales.

Prescindiendo, por un instante, de estas diferencias, penetremos en el alma de los héroes, tracemos esquemáticamente los rasgos que perfilan la personalidad heroica instado a ello por la oportunidad del tema en esta hora en que surgen miriadas de héroes al conjuro del fragor de los cañones y de las estrofas enardecedoras de los himnos guerreros.

Por de pronto nos parece que el heroísmo reposa sobre una amplísima base afectiva. No escapó esta aserción a la perspicacia de Carlyle quien escribe, refiriéndose a los héroes de otras épocas. "Los pensamientos que tuvieron fueron los padres de las acciones que hicieron; *sus sentimientos fueron los padres de sus pensamientos.*"

La incapacidad de representarse el dolor ajeno y, muchas veces, el propio, o la inhibición del dolor, nos parece una característica del héroe. Nadie, en efecto, es más heroico que algunos locos, criminales, histéricos e imbéciles en quienes la insensibilidad al dolor es tan considerable que llega, en ocasiones, a la analgesia.

Lombroso cita numerosísimos ejemplos de delincuentes de esta clase. Basta este hecho, muy general, para apreciar lo indoloro que son los criminales: soportan las operaciones más acerbadas sin necesidad de cloroformo ni ningún otro anestésico.

Reciben la muerte con una tranquilidad de espíritu admirable. Hay quienes llegan a la guillotina conservando un humor travieso. Desfilan bajo la mirada inquisidora de sus verdugos, sonrientes y desdeñosos, fumando un cigarrillo... No tuvo Sócrates mayor serenidad al beber la cicuta...

Entre los alienados abundan los héroes. Recientemente se ha observado en un manicomio de Alemania, un caso curioso. Taladraba el cerebro de un loco una obsesión indómita: la de que su dentadura despedía un olor nauseabundo, deformaba su rostro y alejaba de su lado al bello sexo. Aprovechando un momento de descuido de sus guardianes, se arrancó con brutal impulso, *ambas hileras de dientes* sin proferir un solo grito. Reflejaba, al contrario, un júbilo inmenso. ¿Quién con-

servando su sensibilidad normal, se atrevería a repetir esta hazaña?

La extraordinaria movilidad mental de las histéricas y la volubilidad, no menos extraordinaria, en sus afecciones, puede arrastrarlas a la abyección más torpe como al heroísmo más raro. Ora sentado en las proximidades de un lago como dice Ribot, se sumergen de súbito en el mismo con el objeto de suicidarse y ora se las vé, con grave riesgo de sí mismas, penetrar al través de las llamas de un incendio para salvar a personas a quienes no conocen personalmente.

“Reinado de los caprichos”, denomina el autor citado a los rasgos psicológicos, tan contradictorios, peculiares en las histéricas. La fugacidad de sus acciones solo es explicable por la representación poco firme de las imágenes, por su sensibilidad anarquizada que permite el gobierno de las impulsiones efímeras como si su personalidad, poco consolidada, fuera regida por miles de individuos diferentes, perversos y criminales unos, generosos y humanitarios otros.

Los imbéciles carecen de sentido moral y presentan una incapacidad ingénita para representarse el dolor ageno. Por eso desprecian la vida de los demás. Poseen temperamento de delincuente. Caen fácilmente en las cárceles y en los patíbulos. En las guerras el arrojo personal los torna héroes condecorados. La roca Tarpeya está cerca del Capitolio...

Por último los famosos faquires hindúes tienen a tal extremo abolida la sensibilidad que se pasan un mes sin comer, tragan vidrios y se laceran, pinchan y mortifican sus carnes, sin que les acarree mayores trastornos. El elemento autóctono los considera héroes inspirados por fuerzas sobrenaturales y siente por ellos respeto supersticioso. Y a fe que su estéril heroísmo es inaudito. Pocos podrían repetirlo. Pocos, también, presentan su analgesia...

Una segunda característica de los héroes es la *confianza ilimitada en sí mismo que llega con frecuencia a la egolatría*. El incremento de la volación, por ejemplo, se explica por una ilusión: el volador se identifica con el aeroplano creyendo que es él y no el aparato el que asciende a las alturas. Y el que cae en los abismos... La lista de los mártires de la conquista del aire no le arredra. Sueña con la gloria, no con la muerte. El hipertrófico concepto del “yo”, constituye el númen

que comunica alas a su atrevimiento. Y acaso confíen como Napoleón en alguna misteriosa estrella que proteja su destino.

Con el heroísmo militar sucede lo mismo. “Cuando a fines del siglo XVIII”—dice Taine—“los ejércitos franceses, tan mal organizados, tan novicios en el arte de la guerra, entregados a unos oficiales casi tan ignorantes como los soldados, se vieron en presencia de los soldados disciplinados del resto de Europa, lo que los ha sostenido, lo que los ha llevado adelante, lo que ha acabado por darles la victoria, es primero *el orgullo y la fuerza de la creencia interior*, por la que cada soldado se consideraba superior a aquellos a quienes iba a combatir y destinados a llevar la verdad, la razón, la justicia, al través de todos los obstáculos, al corazón de todas las naciones.” etc.

Nos parece obvio insistir sobre esta característica del héroe: si el héroe de la ciencia no tuviera confianza en sí mismo y en el papel de la ciencia que cultiva, clausuraría su laboratorio y biblioteca para dedicarse a Tenorio o a cualquier actividad cartaginesa, si el héroe de la guerra no tuviera cariño por sus instrumentos destructivos y por sí mismo, arrojaría sus armas ¡lástima grande que no lo haga!

Base afectiva, vale decir, en este caso, profundo amor hacia el ideal que persiguen, representación muy débil o nula del dolor e ilimitada confianza en el esfuerzo propio, son los rasgos salientes del héroe. Me parecen más reales que el desinterés, la abnegación, etc., que son pintados como genuinas características del héroe y que son secundarios, sin embargo.

Quiero subrayar la segunda cualidad. ¿Significa ella que un imbécil o un delincuente, que padecen de analgesia por temperamento, por especial constitución orgánica, pueden parangonarse con aquellos héroes que son eximios arquetipos de la cultura más avanzada? De ninguna manera. El primero es un insensible congénito. El segundo es un sujeto de exuberante vida mental que caldea de calor afectivo una idea única, y a quien no le importa jugar la vida por la misma. Para ello *inhibe la representación del dolor que entraña la realización de un acto heroico. Pero tiene una exquisita sensibilidad.*

Síguese de aquí que el heroísmo del último es digno de loa: es heroísmo que comporta un acto de voluntad, un *egoísmo altruísta*, es decir, una actividad encaminada al bienestar colectivo.

El segundo significa imperio omnímodo de los impulsos y *egoísmo cínico*, esto es, una actividad enderezada, exclusivamente, al triunfo del "yo"—que adquiere relieves de patológica egolatría—aunque dañe a la comunidad. El heroísmo, en ellos, es un emunatorio por donde segregan, continuamente, su deletérea actividad antisocial.

Uno es un amante de la vida: hurtaría, como en el mito prometeico el fuego sagrado para encender con su radiante llama al barro amorfo. El otro ciega y envilece la vida. Uno sueña con las auroras rosadas de mañana; el otro se amodorra en las grises opacidades del crepúsculo, cuya lobreguez quisiera que fuera eterna.

El heroísmo bélico tiene mucho de lo último. El heroísmo de los nobles apostolados mucho de lo primero.

Beethoven, por ejemplo, consumido por la sordera y por terribles dolores, piensa en el suicidio. Reflexiona luego que lleva bajo la comba erancana un cosmos de armonías que debe legar a la humanidad. Inhibe entonces sus crueles infortunios y brinda al orbe el inexahusto tesoro de su inspiración genial. Modelo sin igual, de magnánimo heroísmo: su pasaje por el mundo fué una tortura ininterrumpida, que lejos de tornarlo misántropo, sensibiliza sus fibras, transmutando su dolor en inefables ondas de amor y de belleza.

El héroe de la guerra, ¿qué persigue? exterminar vidas. Da rienda suelta a sus impulsos homicidas y no necesita inhibir ningún dolor porque no lo tiene: es insensible. Sarmiento en "*Facundo*" nos pinta tres ejemplos típicos al hablar de Quiroga, Rosas y Lamadrid. Guillermo II o Nicolás Nicolaievich no se apartan de la regla.

De aquí dimana que si el heroísmo de Beethoven, Claudio Bernard, o Jaurés, por ejemplo, nos admira, el heroísmo de los personajes del sable nos repugna.

Entre ambas clases de heroísmo existe estas dos fundamentales diferencias: unos sienten el dolor ajeno y luchan por amortiguarlo; sienten el propio y lo inhiben; los otros jamás conocen al dolor ajeno ni, a veces, el suyo mismo: nada les intimida; unos se auto-controlorean y dominan constantemente; la soberbia de los otros excluye toda fiscalización propia: jamás se muestran compungidos por sus acciones nocivas.

Forman legión los que aún prestan tributo de admiración al heroísmo motor y agresivo. Debemos procurar que se legitime tan solo el heroísmo inhibitor y civilizado, ese heroísmo sin aparato de que la vida diaria da millares de ejemplos anónimos. Si provoca admiración el gesto del criminal que después de haber matado desafía la ira de sus verdugos con su inalterable serenidad, más admirable es el delincuente que al cegarle ímpetus sanguinarios se hace atar manos y piés para no herir al prójimo. Más hermoso que todos los heroísmos bélicos es el de aquellos viajeros del "Titanic" que al hundirse el buque transbordaron con toda calma a las mujeres guardadoras en sus ovarios de los gérmenes de la especie y los niños que llevan en sus espíritus impolutos las visiones del porvenir, para que continúen su vida en la accidentada superficie de la tierra, mientras ellos, se abismaban, para siempre, en el fondo también accidentado de los mares...

El heroísmo destructor no solo es anormal éticamente considerado; lo es también psíquicamente por cuanto radica, como hemos visto, en la ausencia o amortiguamiento congénito del dolor, que los hace insensibles al daño que cometen, semejándose bajo este punto de vista a los cadáveres, a las piedras, a todos los cuerpos inertes.

Solo es heroísmo sano aquel que intensifica y aumenta la potencia de la vida de la especie, el que multiplica el coeficiente vital de toda la colectividad humana.